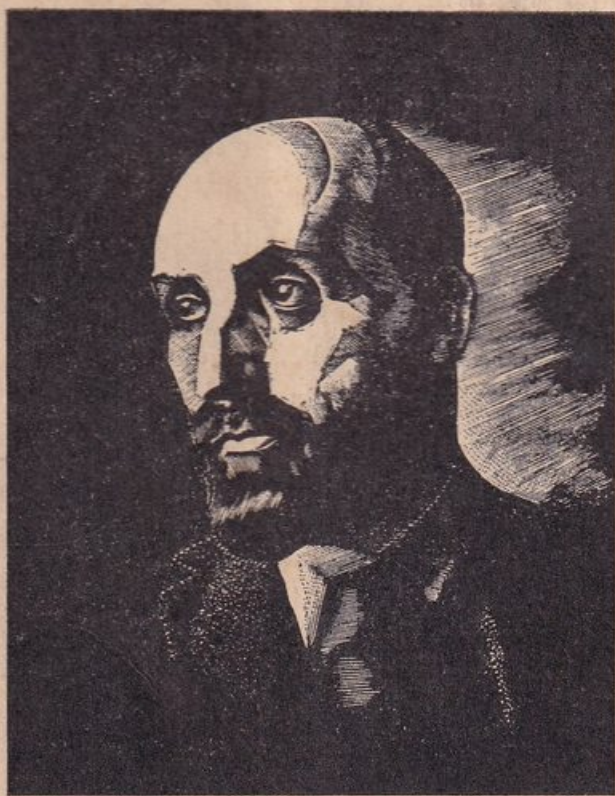




JUAN RAMON JIMENEZ



XILOGRAFIA DE PELANAS CASAS

POETICA

CUADERNOS DIRIGIDOS POR
ARTURO CAMBOURS OCAMPO

POETICA

1

EN ESTE CUADERNO:

PAUL VALÉRY:

POEMA

★

LISARDO ZÍA

J. R. J.

★

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

DIARIO POÉTICO

★

ANGEL VALBUENA PRAT

SOBRE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

★

L. Z.

IDEARIO ESTÉTICO DE
JUAN RAMÓN JIMENEZ

★

CARLOS RINGUELET

UN POETA JOVEN

★

JOSÉ MANUEL CONDE

LOS POEMAS A ROMÁN

★

CRITICA

Diríjase la correspondencia al Director:

Calle 54, Nº 380 - La Plata

República Argentina



P O E T I C A

Cuadernos dirigidos por Arturo Cambours Ocampo

AÑO I

1943

Nº 1

a Juan Ramon Jimenez
que me envió tan preciosas rosas.

...Voici la porte refermée
Prison des roses de quelqu'un?
La surprise avec le parfum
Me fait une chambre charmée!
Seul et non seul entre ces murs,
Dans l'air les présents les plus purs
Font douceur et gloire muette --
J'y respire un autre Poète

Madrid. Miércoles 21 de Mayo 1924

Paul Valéry

DONACION
GELLIN

J. R. J.

¡Con qué dolor volví atrás tu hora,
corazón sin paz!

Juan Ramón Jiménez.

*Veo a este Juan Ramón de Andalucía
clavado en una cruz
de Poesía,
como un Cristo andaluz.*

*Juan Ramón, el sufriente,
con su barba de otoño
y con su fértil corazón, en donde
— gran labrador — esconde
la lírica simiente,
la rosa madre, el último retoño ...*

*Ojos del sueño, vivos,
siempre abiertos,
en anclas de dolor barcos cautivos,
para el dolor acogedores puertos.
Ojos de Juan Ramón, duros, oscuros,
en perpetuo viaje;
ojos maduros
sobre el agua amarilla del paisaje.*

*Ese paisaje líquido, fluctuoso,
y ese cielo, de Dios prodigio y gala,
que recorre en un vuelo generoso
el ave suave y pía,
temblante el pico y temblorosa el ala,
la paloma de paz y de poesía.*

*Juan Ramón, gran señor señero y pulcro.
Juan Ramón de la eterna rosa viva:
Ella ha de florecer en su sepulcro
como una siempreviva.*

LISARDO ZÍA.



DIARIO POETICO

1936-37

(Fragmentos)

OLA, SOMBRA

*Un mar que queda fuera,
cuyo color, olor, sabor
nada me dicen.*

*Un mar al que le busco
inútilmente el corazón, al que le pongo
inútilmente el corazón.*

*No corresponde
el mar a tierra alguna,
para mí. No es el mar
que soñé eterno ni divino
desde una tierra mía,
el mar que circulaba
de luz la tierra de oro.*

*Es mar de sombra
sin nombre y sin sentido.
No sombra de consuelo,
sí sombra desasida, suelta ola;
sombra que no se une,
ola sin nada más.*

(Ag. 36, Atlántico)



*El poema se escribe con actualidad. Pero luego hay que
librarlo de su actualidad. Y ¡malo cuando no puede librarlo el
poeta o cuando él solo no se libra!*

TERCER LIBRO

(A Rafael Vélez Caballero.)

De "El último puritano" de George, digo Jorge Santayana, ese español ajeno y perdido en su patria y en otras patrias, traduzco estas líneas, exactas para mí, sobre la Poesía:

"... Confieso que no me gusta la poesía palabrera y arrogante, la poesía que se enfurece y predica."

"Walt Whitman no menos que los otros. Cuando un retórico compone largos poemas sobre Dios, Satanás, el Universo, Las Labores agrícolas, el Amor, la Libertad, o la Revolución, yo no digo que no pueda estar exponiendo verdades importantes, aunque lo dudo, ni que su sentimiento moral deje de parecer edificante a los de su propia secta; pero digo que no es un poeta. Va cargado." ... "Pero la poesía es algo secreto y puro, una percepción mágica que enciende el entendimiento un instante, así como los reflejos en el agua, inquietos y fujitivos. Mi verdadero poeta coje el encanto de cualquier cosa, cualquier algo, y deja caer la cosa misma. Su sentimiento es estático, irónico, musical, triste. Sobre todo, es involuntario."

POESIA NO ESCRITA

Si yo hubiera podido desenvolver, conservar, imprimir mi obra poética (que ahora ha quedado toda en nuestro piso de Madrid y, sobre todo, con mi fortuna) en la forma, en una de las formas soñadas y pensadas, durante tantos años, por mi fe y mi duda (hojas separadas, diario poético, partes de libro, libros poemáticos completos, grupos de tres libros poemáticos hermanos, libros por forma, libros por materia, el verso y la prosa en dos libros, el libro total en fin), hubiese regalado, a lo último, un libro en blanco, con el título "Poesía no escrita".

Escribir poesía es aprender "a llegar" a no escribirla, a ser, después de la escritura, poeta antes de la escritura, poema en poeta, poeta verdadero en inmanencia conciente. ¡Qué belleza armoniosa y pacífica ese libro en blanco, en blanco voluntario, respetado blanco final, con silencio de muerte y transfiguración!

Los que hubiesen leído mi obra poética, yo mismo, contemplando ese libro en blanco, sorprenderíamos, sin duda, en sus páginas sin nada fijo y con todo en onda, una completa poesía suprema, una síntesis de combinaciones poéticas, clave de toda mi obra escrita y superior en absoluto a ella, un yo sobre el yo mío.

Y esa sería la "utilidad bella", el "destino verdadero" de mi obra, mío, de mi vida.

ALLÍ

Abora, la luz tardía estará sola
esperando, sentada, en lo más mío,
pensando toda en mí y sólo en mí,
(oro insomne en el hueco, lo absoluto),
sin fe, sin esperanza ni consuelo;
y se saldrá desvanecida a ocaso
cuando no pueda ya más detenerse,
con la sola alegría de la vuelta.

Allí donde yo estuve solo tanto,
esperando a una hermana de la luz,
que me deshabitaba todo, ausente,
cuando ella, la luz, nos separaba.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

SOBRE JUAN RAMON JIMENEZ

La gran figura de *Juan Ramón Jiménez* (n. en Moguer, 1881) llena, como antes Rubén, suficientemente un período, un modo. Aparte la evolución de su personalidad, su momento señala la nueva orientación poética, la aparición de gérmenes que bajo la influencia del maestro se han de desarrollar independientemente. La escuela verdadera de Juan Ramón es la de los poetas de las últimas tendencias, que en sus comienzos dependen más o menos de él. Juan Ramón corresponde al momento que llamo "introducción al novecentismo", movimiento europeo, cosmopolita, al que corresponden los guías del pensamiento actual en España, Ortega Gasset y Eugenio d'Ors, y el estilo de la prosa de Gómez de la Serna, aparte de la novela de Gabriel Miró ⁽¹⁾. A diferencia de parte del sentido de la generación del 98 —negativo—, ésta abre todos los horizontes culturales a la generación más joven.

La extensa obra de Juan Ramón puede dividirse en dos épocas bien distintas, aunque la segunda es una consecuencia, depurada y superada, de la inicial. Para mí, la adquisición plena de Juan Ramón, de su segundo momento, la marca su admirable *Diario de un*

poeta recién casado (1916), publicado en 1917.

La primera época juanramoniana ha de estudiarse, pues, en los libros que aparecen entre 1900 y 1917 (compuestos entre 1898 y 1915). En estos libros hay una nota predominante *musical*, unida a un sentimiento refinadamente melancólico y a elementos visuales de color impresionista. El sentido depurado, fino, que escoge entre los temas poéticos de un mundo anterior, se señala en Juan Ramón desde sus comienzos. Al escoger, con su buen gusto, el autor los versos de sus libros iniciales en su *Segunda antología poética* (Calpe, 1922), vemos cómo hay elementos dignos de colocarse junto a las formas más logradas de su segundo período. La delicadeza de *Alba*, (página 11), por ejemplo, hace pensar en el paisaje estilizado de un primitivo de la pintura florentina. Las primeras poesías se refieren a *Anunciación* y a *Rimas de sombra*. Nos hallamos después con sus *Arias tristes*, *Jardines lejanos*, *Pastorales* y *Olvidanzas*, (1902-1907); de una tendencia análoga, aunque con mayor seguridad y perfección de la ma-

⁽¹⁾ Este trabajo apareció en "La poesía española contemporánea", 1930.

“Nacía, gris, la luna y Beethoven
[lloraba,
bajo la mano blanca en el piano de
[ella . . .
El dulce piano intentaba
[comprendernos.”

punto de vista francés del soneto rubeniano, del mismo tema: "Maravillosamente danzaba; los diamantes" . . . , de *Prosas profanas*. La compenetración del poeta con la naturaleza es de cariño juvenil, sin el morbo lánguido de un panteísmo quintaesenciado. La expresión no puede ser más hermosa y precisa:

"Dios está azul. La flauta y el
[tambor
anuncian ya la cruz de primavera."

Arte menor continúa la tendencia de estas *baladas*, por ejemplo en *El pajarito verde*, *Desnudos*, *Niña y Ana*.

El libro *Melancolía*, de música interna, de alma, contiene la maravillosa estilización de temas, de paisaje y recuerdo en los poemas *En tren*.

"... y mientras me miraba,
[cogiéndose el cabello,
en sus ojos floridos las praderas
[pasaban."

Nos encontramos también con el retrato del poeta, de Juan Ramón, en su primera época:

"Mi vida es cual un roce de telas
[que cantaran
como pájaros tristes de pálidos colores.
.....
Mi vida canta: igual que un parque
[que ha callado,
sin pájaros, entre el encanto de la
[la noche..."

Y hallamos la expresión de refinada tristeza, de anaranjado autumnal,

de suma sonoridad y fragancia. "El otoño es moderno" —oímos—, y se esfuma una sombra mustia "con el ornato pálido" de una "angustia de oro", cantándose el "dolor bello" y apareciendo como

"una violeta mojada,
esta melancolía de poeta que se muere."

Como puede verse, junto a este sentimiento triste y otoñal, se da una fina percepción de matices, de perfiles de las cosas, unida a una renovación de la imagen, que es lo que ha de perdurar en la obra de Juan Ramón. En los libros que van desde *Melancolía* a los *Sonetos espirituales* pueden irse subrayando estos aciertos, por ejemplo, en la poesía que comienza: "Creemos los nombres" (de *Poemas impersonales*), donde está el germen de una de las mejores composiciones de Jorge Guillén; la belleza de *Ahogada* (pág. 143), o la cristalina *Anunciación* (pág. 146), la más bella versión literaria del tema, digna de la interpretación pictórica de Fra Angélico aun más que de la de Maurice Denis; o las estilizaciones de temas populares en *Domingo* (*Alameda*, *El adolescente*, etc.), o este detalle de *Idilios*:

"La música era un río vago
entre el poniente de las sedas
y los espejos."

Los *Sonetos espirituales* limitan la tendencia a lo *sfumato* de la primera época juanramoniana, en la inflexible forma métrica. *Nada*, o *A mi alma*, por



ejemplo, son unas de las más conseguidas formas de esta exterioridad clásica.

La segunda época se halla plenamente, según indicamos, en el *Diario de un poeta recién casado*: su poesía de finos matices, de ritmo y color depurados, de flexibilidad métrica, de predominio de la imagen. El nos dice al frente del libro: "Ni más nuevo al ir, ni más lejos; más hondo: la depuración constante de lo mismo." Y nos indica que en su "álbum de poeta" copió "las islas del instante, unas veces con color solo, otras sólo con pensamiento, otras con luz sola." Una de las grandes adquisiciones es la depuración del sentimiento del mar: de un mar esfumante, inmenso, lírico; el mar subjetivo bien distinto del conceptual de Ayala, o del mitológico que apunta en Rubén, y que, con la limitación del puerto, desarrolló Morales. El color, el ritmo, el pensamiento, son matices de este mar:

"Por el mar éste
he salido a otro cielo, más vacío,
e ilimitado como el mar..."

Sobre el procedimiento de Juan Ramón Jiménez, en la depuración de los motivos elementales del asunto de cada poema, recuérdese el de *El artista adolescente*, de James Joyce (1).

.....
"¡Agua y luna no más, noches y
[noches!"]
.....

"¿No ves el mar? Parece
[anocheciendo
—acuarela de lluvia,

con —agua dulce— suaves verdes,
[amarillos, rosas—,
un tierno, un vago pensamiento mío
sobre el mar..."

El arte de Juan Ramón —en este segundo período— es cada vez más elemental, más sencillo. El poeta nos dice: "Sencillo entiendo que es lo conseguido con los menos elementos; espontáneo, lo creado sin esfuerzo." (1).

Indicamos la renovación —en belleza— de la imagen lírica. Así llama Juan Ramón a la Giralda: "¡Oh, palmera de luz!" (*Diario...*). El mismo sentido de purificación ideal de la poesía se halla en los libros siguientes:

"Cobré la rienda,
di la vuelta al caballo
del alba,
me entré, blanco, en la vida".

en *Eternidades*, donde aparece también este admirable poema:

"La nube:
Humo arrollado
y ahogante de mi mal sueño
apagado.

(1) "Durante este proceso fueron desapareciendo de la escena todos los elementos que estimó vulgares e insignificantes. Ya no quedaban trazas ni del tranvía, ni del conductor y el cobrador, ni de los caballos; ni aun él ni ella aparecían claramente. Los versos sólo hablaban de la noche y de la brisa balsámica y del fulgor virginal de la luna. Una vaga melancolía estaba oculta en los corazones de los protagonistas, mientras permanecían en pie bajo los árboles sin hojas." La anécdota a que aluden los primeros renglones se refiere a un hecho del relato. Sigo la traducción de "A portrait of the Artist as a Young Man", hecha por "Alfonso Donado" (Dámaso Alonso), p. 109.

(1) *Segunda antología* (pág. 5).

La estrella:

¡Qué tranquila
en el aceite de tu buen sueño
encendida!"

Antes, ya en *Estío*, había esta admirable imagen:

"Sólo tú me acompañas, sol amigo.
Como un perro de luz, lames mi
[lecho blanco;
y yo pierdo mi mano por tu pelo de
[oro,
caída de cansancio."

Piedra y cielo (1917-1918), editado en 1919, es uno de los primeros libros de verso de Juan Ramón; poema; esto es: creación "fresca y fragante"; el poema de los más elegantes perfiles del recuerdo, de la nostalgia de mar y de la belleza. Lo perdurable, lo adquirido es la forma, la imagen, la diaphanidad estética. La belleza, para el poeta, es una "mariposa de luz" que escapa de su mano; pero de la que queda algo, bastante, en arte, todo:

"¡Sólo queda en mi mano
la forma de su huída!"

Queda "la forma".

Sus últimos libros son *Belleza y Poesía*, publicados en formato análogo a la Biblioteca de Índice. En *Poesía*, especialmente, se halla —era natural que ocurriera en la constante labor depuradora del poeta— lo más nuevo y personal de Juan Ramón. *Alrededor de la copa*, o *Desvelo*, son poesías "puras", completamente de hoy. Y aquí cabe —al libro— aplicar la definición del mismo poeta: "clásico; esto es:

eterno".

Las revisiones de poesías de Juan Ramón se hallan en los cuadernos *Unidad*. El gran poeta ha dirigido las revistas: *Índice*, *Sí*, *Ley* (1927), y su *Diario poético* (1927).

La labor de Juan Ramón —ya indicamos— no es sólo la de su admirable obra, sino la de su escuela. A diferencia de Rubén, que era la apoteosis de una época que terminaba, por la cual los discípulos brotaron a veces de lo más inconsistente de su obra, que, por lo tanto, como la de Wagner, fué genial y, en ocasiones, "estéril", Juan Ramón presenta todo lo aprovechable de un gran estilo a una generación nueva; él adivina los valores líricos siguientes, los dirige y orienta. Una de las mayores adquisiciones es la de una poderosa escuela. Escuela capaz de ser original, de liberarse literariamente del punto de que partió. Es Juan Ramón, por lo tanto, el maestro de poetas, no el maestro de discípulos.

Los verdaderos continuadores de Juan Ramón son los poetas de la poesía de vanguardia: Salinas, Guillén, Lorca, Alberti. En este sentido, la verdadera escuela juanramoniana es la de los poetas de las *últimas tendencias*. La depuración de matices, la renovación de la imagen por el maestro fué necesaria para los poetas más nuevos, para la "poesía pura".

Hay además otros poetas que dependen, ya del Juan Ramón de la primera época, ya del de la segunda, sin la separación original de los aludidos.

ANGEL VALBUENA PRAT.

IDEARIO ESTETICO DE JUAN RAMON JIMENEZ

Un membrete ambicioso precede a estas palabras: "Ideario Estético de Juan Ramón Jiménez". Hemos querido aludir al conjunto o repertorio de ideas que realizan las normas y los modos de belleza de un poeta, pero el poeta es Juan Ramón Jiménez; un enorme creador, un organizador de su propio caos, un dios lírico para el cual no existen fronteras terrenales; un atleta del espíritu que apartó de su camino el "non plus ultra" de las montañas de Hércules, abriéndose paso hacia los desconocidos mundos de la poesía. Los términos del teorema formulado tienen, por lo tanto, una difícil vinculación. Es cierta la existencia de una estética propia en Juan Ramón Jiménez, como en la de todo creador puro, auténtico, original; pero su estética y las ideas que en su respectiva adecuación la determinan, se han renovado veinte veces en cuarenta años, transformándose sin cesar, asumiendo todas las formas preceptivas posibles, recogiendo los más remotos ecos para convertirlos en voces presentes y siendo, en otros casos, un levísimo eco de la propia antigua voz cuando no su negación total. Y por eso, ante el artista que es Juan Ramón Jiménez, la valoración de su es-

tética queda implícitamente comprendida y naturalmente explicada en la vigencia de su obra toda, y se resuelve por maravillosa transformación de lo objetivo en lo subjetivo, en una *ética poética*, nunca adjurada, maculada o disminuida por ese hombre que desde sus días adolescentes de 1898 hasta los actuales, divaga y navega transeúnte de un inmediato más allá, isleño solitario de varios mundos juntos — por las orillas de la vida. Es decir, en los mismos lindes donde la poesía deja entrever los horizontes de su reino.

*

Es un precursor de sí mismo, anticipador y vidente; Juan Ramón Jiménez ha influido sobre todas las creaciones y los creadores de la poesía de nuestro idioma. No fué ni es un caudillo de ismos; un jefe de escuelas, un caporal de política literaria. Su individualismo, que en los órdenes de posición frente al misterio del absoluto poético, asume proporciones casi monstruosas, le eximió de todo movimiento activo. Pero la pasividad de su gravitación, como si estuviera condicionada a las mismas leyes que rigen este fenómeno en el plano de

lo físico, atrajo hacia su cuerpo el volumen de los otros cuerpos menores. En tanto, él seguía hacia adelante, por sus senderos sin fin, entre sus luces y sus sombras, en sus lúcidos limbos, perpetuo vigilante soñador. Sus múltiples biografías —¡irreales de tanta realidad!— dicen de su incesante laboreo sobre las cuartillas. Cientos, miles de poemas escritos en todos los instantes del tiempo, en las albas del insomnio desesperado, en las enloquecedoras noches de los dolores físicos, en la presencia del amor y en su olvido, en la tierra, en el mar... Sus biógrafos —a Ramón Gómez de la Serna le corresponde el galardón de la más hermosa historia lírica de su vida— relatan que el poeta andaluz, oriundo de Huelva y nacido en una familia dedicada a la elaboración de vinos, guardaba sus originales en estantes, dividiéndolos por año, como para que se curaran en el transcurrir del tiempo, como esos caldos que a medida que envejecen adquieren gusto y aroma superior. Y por eso, constante e imperturbable recreador de su obra, Juan Ramón Jiménez la ha realizado dentro de los espacios de su cronología particularísima. En ocasiones, la publicación de su más reciente poema, lleva la advertencia de una fecha a quince o a veinte años de distancia. "Eternidades" —uno de sus libros más profundos— escrito entre 1916 y 1917, se editó por primera vez en 1931. Y así como ratifica o suscribe, sin arrepentimiento, una parte de su propia obra, sabe también desecharla con estóico valor. Es grande el número de los libros que ha puesto en su index.

Y de ellos se salvó —por lo menos hasta 1939— una selección de quinientas veintidós poesías publicadas a ruego de Manuel García Morente, en la Colección Universal. Cada vez más riguroso consigo mismo, padre amoroso de sus criaturas y —a lo espartano— verdugo implacable de aquéllas que careciesen de la deseada perfección, Juan Ramón Jiménez, dictó nuevas limitaciones y amputaciones. En la Antología publicada por Gerardo Diego hace ocho años, nos dice el compilador: "Ya en prensa esta edición Juan Ramón Jiménez nos comunica su decisión irrevocable de no autorizar, de ahora en adelante, su inclusión en ninguna antología". Diego se vió obligado a consignar únicamente los títulos de las poesías que aparecieron en la primera edición de "Poesía Española", suprimiendo los originales del poeta, que ahora vive en Florida, esa región de los Estados Unidos que por tradición, por clima y por nombre, debe traerle nostalgias y sueños de Andalucía. Allí está, con sus delirios fríos, entre nuevos manuscritos, mientras recuerda que gran parte de sus papeles se perdieron en la sangrienta baraúnda de la guerra civil española; allí está soñando como siempre, y escribiendo; escribiendo y soñando...

*

¿Cómo darle, encontrarle o aplicarle definiciones a este poeta cuya obra es una incesante definición de su ser y de su mundo? "Amor y poesía cada día", reza el acápite de uno de sus libros. Esas

cinco voces pueden componer su epitafio ideal, su permanente ex-libris. En lo aforístico de su labor, ya sea la del verso o la de esa prosa que vibra en constante temblor lírico, Juan Ramón Jiménez completa y totaliza lo que él llama su "ética estética". Escuchadle:

*Mi reinado reemplaza, en idea y forma,
cada cinco años.*

*En la soledad no se encuentra nada más
que lo que se lleva a ella.*

Ningún día . . . sin romper un papel.

*¡Qué lucha, en mí, entre mi bueno y mi
mejor!*

*Cultivemos, ante todo, la voluntad de
rechazar.*

Depurar: recrear.

*Clasicismo: secreto plena y exactamente
revelado.*

*Quien me quiera encontrar en la vida
—y en la muerte— búsqieme sólo en
lo bello.*

*Era casi perfecta. Su mayor encanto es-
taba en el "Casi".*

Un éxtasis que no mate lo vivo.

*Alentar a los jóvenes; exigir, castigar a
los maduros; comprender y tolerar a
los viejos.*

Las sentencias y aforismos de Juan Ramón Jiménez, dan a toda su obra una plenitud filosófica que —salvadas las distancias formales— sin incurrir en semejanzas o parecidos inútiles —tienen

antecedentes en Goethe, en Rilke, en Valéry. Cuando asumen contornos ego-céntricos —ajenos a la superficialidad del narcisismo— por imperio de esa lucha tremenda que libra todo poeta frente a sí mismo, Juan Ramón Jiménez se nos aparece como una enorme e iluminada figura fantasmal de profeta que se anunciara en la soledad de su desierto. Y dice:

Me está volviendo loco la razón.

*Mi vida interior: la belleza eterna, mi
Obra.*

*Las grandes obras ajenas sólo me sir-
ven de diapasón.*

Yo y la vida sin nombre.

*Mi poesía es siempre continuación de
mi poesía: mi verso, de mi verso: mi
prosa, de mi prosa.*

De cualquier cosa mía hago yo una joya.

*Yo eterno y las inmortales bellísimas
diosas estériles.*

*¡Qué espectáculo el de mi imaginación
en movimiento!*

*Me imagino mi obra terminada, per-
fecta, aislada, incommovible, como
una "Casa de Tiempo y de Silencio".*

*

La obra de Juan Ramón Jiménez, que como quedó consignado, abarca un casi medio siglo de dimensiones temporales, es una obra universal, con sus equinoccios y sus solsticios; con su cielo y su tierra propios. Las más variadas realizaciones poéticas —como en el Jar-

dín del Edén donde se dan los más diversos frutos— tienen en ella representación lograda. ¿Qué es lo que no puede decir un poeta que se señala como cantor lírico y metafísico; prosista descriptivo y psicólogo, aforista filósofo y lírico? Flores, almas, jardines, sueños, olas; sombras, perfumes, visiones . . . Hay algunos de sus poemas que tienen la intensidad y la brevedad de un latido; en otros, el idioma enlaza, une sus palabras más precisas, como si la tejiera una corona de inspiración. ¿Quién ha podido olvidar su "Octubre"?

*Estaba echado yo en la tierra, enfrente
del infinito campo de Castilla,
que el Otoño envolvía en la amarilla
dulzura de su claro sol poniente.*

*Lento, el arado, paralelamente
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.*

*Pensé arrancarme el corazón, y echarlo
pleno de su sentir alto y profundo
al ancho surco del terruño tierno,*

*a ver si con romperlo y con sembrarlo
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro de su amor eterno.*

Y este mismo hombre, dueño de las voces más plenas y más altas, es el que confiesa:

*No sé con qué decirlo
porque aún no está hecha
mi palabra.*

Y el que reclama:

*¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
Que mi palabra sea
la cosa misma
creada por mi alma nuevamente.*

Pero ya se siente liberado, cumplido con el mundo y con su mundo, legador de una herencia ideal que no se corrompe ni se disminuye; ángel y dueño de sus alturas, monarca de su propio corazón:

*Está tan puro mi corazón
que es lo mismo que muera
o que cante.*

*Puede llenar el libro de la vida
o el libro de la muerte;
los dos en blanco para él,
que piensa y sueña.*

**IGUAL ETERNIDAD HAY EN
AMBOS.**

Corazón, da lo mismo: muere o canta.

*

En la Santa Hermandad de los poetas, en ese Parnaso donde al fin y al cabo, aquéllos que lo son, acabarán por encontrarse más o menos próximos al supremo laurel, Juan Ramón Jiménez es como un patriarca sin edad; un patriarca "amable e inflexible" según sus dos objetivos definitorios a quien nos podemos acercar siempre con cariñosa devoción. De él recibimos las mejores lecciones de ascetismo ético y estético; su ideario, esqueleto donde se armonizan los mate-

riales de una vastísima obra, nos enseña a seguir un camino de perfección; un camino de disciplina, como el del romero que se flagela mientras marcha hacia el altar. Juan Ramón Jiménez, príncipe de la lírica castellana, se nos ha dado con la generosidad de los elegidos, sin caer en los deslices de la blanda concesión. Ha dicho: "No creo, en ningún caso, en un arte destinado a la mayoría. No importa que la minoría entienda del todo el arte; basta con que se llene de su honda emanación" y esa emanación —perfume de la rosa lograda por las infinitas operaciones que realiza la providencia —al darlo, milagrosamente, es el fruto de un militante sacrificio, de una lucha contra lo supérfluo, lo cómodo y lo fácil. "El arte es ciencia", nos recuerda Juan Ramón. Y concluye, con un perfecto sentido goethiano de la conducta artística: "El arte es vida, sin duda. ¿Y por qué ha de ser más bella una vida holgazana y descompuesta que una vida plena y disciplinada?".

*

Los poetas argentinos, lo mismo que quien esto escribe, profesan a Juan Ramón Jiménez una admiración abierta, sin recaudos, y tan valiosa por ser la misma quien la determina. No le conocemos, sino en figura plástica; no le hemos visto ni oído, sino en la imaginación y en la siempre renovada lectura de sus poesías. Pero sentimos hacia él la devoción filial que pueden sentir los hermanos menores hacia un ausente y lejano hermano mayor. Y todos, de un modo u otro, le escribimos alguna vez esos mensajes sin destinos, esas cartas que no llegan jamás. Yo también lo hice hace años, e intenté reflejar mis visiones en un retrato poético, cuya autocita será perdonada por razón de sus mismas circunstancias, y lo encabezé con las iniciales del poeta, como si grabara el epitafio de un inmortal. Mi amigo Arturo Cambours Ocampo, argonauta de todos los mares de la poesía, ha querido honrarme con la transcripción del poema que va, como una oblación, en otra página de este cuaderno.

L. Z.

UN POETA JOVEN

José Manuel Conde es un poeta inédito. Su juventud explica sus actuales vacilaciones y da seguridad de sus grandes anhelos. Nació el 3 de marzo de 1919 en Carlos Tejedor (provincia de Buenos Aires). Ha pasado la infancia viajando entre la casa de sus padres, en la Pampa, y la de sus abuelos, situada al oeste de su provincia natal, en el pueblo de Las Toscas, partido de Lincoln. Estos dos paisajes, seco y arenoso el primero, exhuberante de verdor el segundo, dejaron en el alma del niño una íntima pujanza de vida y un fino sentido de la parquedad de la expresión. Sobre todo, un gran amor: la naturaleza.

Su afán de estudio lo llevó a Pehuajó en 1937, donde cursó el bachillerato. Dió en 1940 examen de ingreso en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. En 1941 ingresó en la de Humanidades de La Plata, donde todavía sigue estudiando.

La juventud no le permite aún el señorío del instrumento poético, pero su sentido del equilibrio, que parece innato en él, capacítalo para manejar el lenguaje con gran economía de medios expresivos. Mesurado, se aleja de las estridencias de ciertas escuelas novísimas, propias de un mundo en crisis que no es el que nutrió su infancia, como de la sequedad de otras tendencias que viven de un pasado

ya muerto. Pocas imágenes y metáforas, pero todas animadas de viva fuerza interior. La palabra ciñe exactamente, como un párpado abierto, el objeto o la emoción; vive de sí misma —árbol, piedra, sangre, cielo— casi aislada dentro de la textura del verso. Muchas veces, jugosa y tan nuestra, brota la palabra pasto.

Su poesía está ahí, afirmando su existencia en la desnudez del poema. Poesía de cosas elementales, que la intuición de Conde descubre en la naturaleza y en su propia angustia de hombre ante ella. Naturaleza lograda en eternidad; angustia de la humana esencia temporal. Como su paisaje no está limitado por una geografía externa, la poesía de Conde no resulta descriptiva ni asida por ataderos sensibles a éste a aquel lugar de los campos que contemplaron sus ojos infantiles. Sin temor a exagerar esta breve caracterización, podría decirse que su paisaje es metafísico, porque reduce a categorías simples la naturaleza descarnada por su visión interna de las cosas.

Desnudez, silencio, soledad, pueden definir la actitud del poeta por fuera. Por dentro, lo eterno de la naturaleza y lo pasajero del hombre angustiado en alcanzar esa dimensión que le es impropia.

Carlos Ringuelet.

La Plata, marzo de 1943.

LOS POEMAS A ROMAN

(Hermano: brújula y tierra)

(Fragmento)

I D I O M A

Busco, simplemente, un lenguaje,
algo para decir estas cosas elementales
que me ha dado la tarde.

A veces contemplo los altos
remolinos que se levantan
en la llanura, y me parece
que yo sé el idioma simple de la tierra.
Y pienso que soy de ese país
íntimo de la Naturaleza,
donde nadie habla en voz alta,
y el amor vive de sí mismo.



T I E M P O

Sólo yo sé lo que el cauce
recogido del arroyo
me recuerda, cuando llega
sobre el pasto tan desnudo,
mojando mis pies,
y se queda.

Porque sube desde el agua
a mi corazón salvaje
el antiguo sabor de cada piedra.

Un eterno sabor a las arenas
de la orilla,
simple, y limpio de leguas.

V O Z

Su voz de agua nueva
resplandece en mi soledad,
y me habla en el umbral
de las cosas dulces y castas.

¡Ah, niña del Oeste,
cielo de las palomas altas!

Dejadme,
me iré por los médanos
donde ella me hablaba,
—fresco idioma del Sur—,
detenida en la tarde blanca.



S E R

Entre el alba,
hundo el rostro desnudo
en el pasto,
hasta mojarme en el hondo aroma de las raíces.
Sueño y pájaro.

Por los brazos, lento, sube
el húmedo resplandor hacia los aires.

Así
los párpados de amor,
elemental verbo en el espacio.

Porque siento en los pies,
alborozadamente,
un frustrado destino de piedra,
o de árbol.

José Manuel Conde.

C R I T I C A

J. L. BORGES - SILVINA OCAMPO - ADOLFO BIOY CASARES. *Antología Poética Argentina*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1941.

Ciertamente "Ningún libro es tan vulnerable como una antología de piezas contemporáneas, locales". Una ya excesiva experiencia nos convence tanto del terco capricho de antologistas como de la manía crítica de lectores del género hoy tan socorrido. Pero la curiosa entente argentina integrada por Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, antologistas en común, alcanzó sin duda un notable éxito con la tan atractiva *Antología de la Literatura Fantástica* y ello quizá le hizo decidirse a lanzar en seguida otra antología más comprometida: no ya de raros textos chinos, persas o de fantásticos ingleses (y aun de pura superchería tramada por los antólogos y atribuida a algún nonato), sino de los poetas argentinos contemporáneos. De los ya viejos y remotos Alfonsina y Lugones a los jóvenes apenas con 23 años encima, la antología cruza por un largo camino, no del todo diverso a la pampa, que aunque no tropieza con ninguna figura de primera sí salta en cambio sobre 70 más o menos aparentes. Cabría admirarnos de la cifra y referirla a una frase famosa de uno de los graciosos de González de Eslava, si no contáramos en México, y en hispanoamérica toda, con una provisión siempre tan bien surtida de portaliras. Con todo, en lo que sí cabe una inicial y sospechosa extrañeza es en el número antológico, es decir, en que sea posible destacar a 70 poetas en un período limitado —lo que va de nuestro siglo—, si es que se prescinde de entender a las antologías como un basurero general.

Ni siquiera las antologías españolas o mexicanas más farragosas y complacientes han alcanzado ese insuperable récord hoy marcado por la *Antología Poética Argentina*. Para completar los 70, han tenido que asistir, a más de los poetas argentinos, algunos franceses, otros y no pocos judíos, ciertos españoles y hasta un ucraniano. Y no sólo figuran poesías redactadas más o menos en español. La liberalidad crece hasta recibir tres poemas de Gloria Alcorta escritos en francés. Dos o tres jóvenes se ven antologados

aun antes de la aparición de su primer libro y, en suma, parece que no falta nadie (desde luego Jorge Luis Borges tuvo el malvado pudor de no inmiscuirse en el baratillo.) Todas las señoras que en la localidad cultivan sus "rutas de emoción" no faltan, aunque no siempre se las puede olfatear cabalmente en los dos o tres poemitas suyos adjuntos. Una reseña, de discreta pero iracunda justicia, señaló ya estos y otros atropellos. "¿En qué momento de la reunión —decía el comentarista— podré llamar a página aparte a los señores Carlos M. Grünberg y César Tiempo para confiarles en secreto que el filosemitismo es un tema tan poco lírico como el antisemitismo?"

"¿Habrás, acaso, un hombre tan de salón que encuentre la fórmula cortés para darle a entender a la señora Wally Zenner que, a fin de mantener su prestigio de enemiga pública Nº 2 de la poesía, no es imprescindible que publique sus versos, que basta con sus recitales?" (Eduardo González Lanuza, *Sur* 89.)

Es, pues, la presente, una antología que pretende no dejar descontento a nadie. Respecto a la no familiaridad de algunas firmas incluidas el autor del Prólogo, Borges, desliza una ingenuidad: el examen de las piezas correspondientes justifica su presencia. ¿Habrás necesidad de citar algunos deliciosos renglones? Pero, desde luego, el Prólogo aludido es lo más interesante del volumen. El hecho de que lo suscriba Borges anticipa ya sus cualidades: una arbitrariedad siempre interesante, un talento agudo y escurridizo, incidencias inoportunas pero siempre divertidas. Pocos escritores actuales de habla española manejan la mordacidad y la perspicacia con igual furia que el ex poeta y hoy autor de relatos fantásticos; y eso mismo deja al lector sorprendido ante sus juicios.

Ejemplos: "Nuestro mejor poeta contemporáneo: Ezequiel Martínez Estrada". He aquí una muestra antológica suya definitiva para comprobar los laureles:

*Tu pensamiento original y propio
te elevó al monte solitario en cuyo
pico vinieron al amparo tuyo
Las almas de Vesalio y de Falopio.*

(Miguel Servet.)

Más adelante, escribe:

"He mencionado, en el decurso de este Pró-

logo, algunos nombres; quiero asimismo enumerar (antología de esta antología) los siguientes poemas: *Aulo Gelio*, de Capdevila; *Walt Whitman*, de Martínez Estrada; *Circuncisión*, de Grünberg; *Poema para ser grabado en un disco de fonógrafo*, de González Lanuza; *Luz de provincia*, de Mastronardi; *Espléndida marea de lágrimas*, de Petit de Murat; *Chanson sur deux patries*, de Gloria Alcorta; *Enumeración de la patria*, de Silvina Ocampo". Veamos pues las propias preferencias de Borges. Los dos primeros poemas mencionados recogen una vieja manera, prosaica, enumerativa, difícilmente legible hoy con agrado.

Para *Circuncisión*, de Grünberg, nos remitimos al juicio de González Lanuza antes mencionado. Los tres poemas siguientes, el del mismo Lanuza, el de Mastronardi y el de Petit de Murat, son los únicos verdaderamente hermosos. El poema del primero de ellos podía quedar al lado de los exactos sonetos de Banchs y de los tiernos poemas de Bernárdez como las mejores piezas de la antología. Del poema en francés no cabe hablar si convenimos en que es realmente la presente una antología de la poesía argentina. En fin, *Enumeración de la patria*, de Silvina Ocampo, es una verdadera joya. Los lectores mexicanos podrán descubrir en él un extraño eco. Sabida es la influencia que sobre otro poeta argentino, Molinari, tuvo Ramón López Velarde; pero en él las resonancias son más o menos discretas. Ignoro si la poetisa Ocampo conoce directamente al mexicano o tomó sus giros a través de Molinari; lo cierto es que el tal poema es una escandalosa calca de *Suave patria*. Júzguese por las muestras:

*Oh, demedido territorio nuestro,
Violentísimo y párvulo. Te muestro
En un infiel espejo: Tus paisanos
Esplendores, tus campos y veranos
Sonoros de relinchos quebradizos,
Tus noches y caminos despoblados
Y con rebaño de ojos constelados.
Entre bandadas de árboles mestizos,
Entre múltiples sombras y basuras,
Te muestro con nostalgias asombradas,
Con niñas de trece años y maduras,
En las puestas de sol inmoderadas.*

*.....
Patria, en una plaza, de memoria
He sabido pasajes de tu historia,
.....*

*Patria vacía y grande, indefinida
Como un país lejano, interrumpida
Por las llegadas lentas de los trenes...*

Borges ha profesado un desagrado cabal para lo popular. Excluye de su antología los romances octosilábicos por ser "forma rudimentaria y monótona", y páginas adelante endereza un rotundo puyaso a la producción popular: "Es muy sabido que los literatos veneran lo popular:

siempre que les permita un glosario y alguna pompa crítica, siempre que la indiferencia y los años lo hayan enriquecido de oscuridades o, a lo menos, de incertidumbre". Sabido es que él mismo, en un tiempo no del todo lejano, escribió poesía de recreación culta de temas populares, pero ahora, por lo leído antes, parece haber cambiado de opinión. Su nueva doctrina, que quizá no ande del todo errada, sería, pues, la que debiera privar en su antología. ¿Pero qué hacen entonces en ella los señores Marcelino del Mazo, poeta del alma del tango, y Evaristo Carriego, a cuyo poema "El Amasijo" tan bien le iría, como puede comprobarse, un aire clásico de tango?

*Dejó de castigarla, por fin cansado
de repetir el diario, brutal ultraje,
que habrá de contar luego, felicitado
en la rueda insolente del compadraje.*

¿Cómo, pues, compaginar entonces las levantadas afirmaciones del suculento Prólogo con su consecuencia antológica? ¿Cómo comprender que el severísimo gusto de Jorge Luis Borges, bien comprobado en sus reseñas de *Sur*, depare a la Argentina un primer poeta, Ezequiel Martínez Estrada, y señale entre sus rigurosas predilecciones de la poesía argentina actual, a dos poemas rancieros, a uno en que se confunden los problemas raciales con la poesía, a otro en francés y a otro más que es apenas la calca argentina de un gran poema mexicano? Pero una sola, siquiera, de las frases de su Prólogo está respondida en la antología: "el índice registra todos los nombres que una curiosidad razonable puede buscar". Ahora, que ponerse a discutir cuál sea la curiosidad razonable... ¿Por qué no decir mejor "Complacencia razonable"?

APENDICE IRRESPETUOSO

Los mexicanos descontentos con nuestra poesía actual, debieran leer la *Antología Poética Argentina*. Quizás entonces comprenderían algunas cosas. A excepción de dos o tres grandes figuras de la poesía hispanoamericana, que no son argentinas, México posee hoy el núcleo de poetas más altos. En el tiempo que va de Lugones a nuestros días la poesía argentina no registra ninguna figura comparable, en calidad, en intensidad y en originalidad poéticas, a las actuales mexicanas. Cultivan los argentinos un repertorio temático demasiado extenso para ser profundo y eficaz. Delatan un pernicioso desligamiento de la tradición poética española y casi ningún contacto con la lírica peninsular actual. Sin embargo, dos o tres de las voces nuevas (Wilcock especialmente) y algunos cuarentones (Bernárdez, Marechal, Nalé Roxlo, González Lanuza) nos regalan piezas admirables en cualquiera latitud.

José Luis Martínez,
Letras de México, 1942.

En el próximo cuaderno:

PAUL VALERY

POEMAS Y NOTAS

★

Cuaderno Nº 3:

STEFAN GEORGE

POEMAS Y NOTAS

★

Cuaderno Nº 4

JEAN COCTEAU

POEMAS Y NOTAS

★

Reserve su ejemplar

★

Unico representante para la venta
en la Argentina y el exterior:

AGENCIA GENERAL
DE PUBLICACIONES

C. CALOMINO

Calle 49 Nº 658, La Plata
República Argentina



DIBUJO DE FEDERICO GARCIA LORCA